

## La llegada



En dos especies principales se clasifican los veraneantes que llegan al lugar de su veraneo: la de los *antiguos*, ó sea la de aquellos que ya en años anteriores han estado en el pueblo, playa ó balneario de que se trate, y la de los *novatos* que por primera vez arriban á sitio ta.

Para los primeros, el dia de la llegada es el *gran dia*. Apenas bajan del tren y ponen su planta en la guijarrosa arenilla del apeadero, emplezan á *dárselas de enterados* y á demostrar que para ellos no existe ese primer momento de timidez que tan en ridículo pone á los nuevos. Para los *antiguos* todo es conocido, y si en algo se esfuerzan es en hacer notar en voz alta las diferencias que notan en cuanto les rodea.

— ¡Hombre! — Nos han cambiado el jefe de estación! — exclaman en tono bastante fuerte para que los demás viajeros se enteren de que no es la primera vez que pisán aquellos andenes. — ¡Pobre Gutiérrez! — ¿A dónde se lo habrán llevado?

Estas lamentaciones sobre la suerte del antiguo jefe siguen hasta que, ya fuera de la estación, tropiezan los recién llegados de manos á boca con el *Chelo*. El *Chelo* es un cojo muy popular, y al que tratan los *antiguos* con mucha confianza.

— ¡Hola, Chelo!... — ¿Qué tal se ha pasado el invierno?... — Toma, pon todos estos litros en un coche de los de *La Urbana*, y á ver si Felipe nos lleva á escape.

Este Felipe es el cochero más viejo de la Compañía *La Urbana*, compañía que consta de dos jardineras y que circula en competencia con otra sociedad de vehículos titulada *La Estrella*, propietaria de un ómnibus y dos familiares.

Los viajeros *antiguos* traen ya resuelta esta cuestión de competencia, y por nada en el mundo los que pertenecen á *La Urbana* montarían en un carruaje de *La Estrella*.

Tan definidos y clasificados están los veraneantes por esta diferencia

de cuadra que á muchos de ellos, más que por su apellido, se les conoce por el nombre de la empresa á que están afiliados.

Resuelto este primer problema, los que llegan montan en los coches y se pierden entre nubes de polvo.

Vencida la cuesta (esa inevitable cuesta que separa á todos los pueblos de sus estaciones respectivas), y ya frente á los hoteles de la *colonia*, los viajeros veteranos se apean junto al *suya*. A la puerta, les reciben los porteros, y en rededor se agitan unos cuantos individuos que ofrecen por toda la temporada diversas mercancías.

Pero con los *antiguos*, este esfuerzo es inútil.

— Gracias, gracias — contestan á los solicitantes. — No es la primera vez que venimos aquí y ya sabemos dónde hemos de surtirnos.

Pasada esta escena y aquella otra de los saludos, entran en su casa, y allí son las exclamaciones ante las novedades y sorpresas que encuentran en ella.

— ¡Mira qué nido han hecho las golondrinas sobre la cornisa del armario grande!...

— ¡Uy! — Cuánto ha crecido el ciruelo que plantó Manolito!...

— ¡Y estas butacas de mimbre, cómo han amarillizado! — dice la económica señora de la casa...

Las criadas, en tanto, toman posesión de la cocina y empiezan á disponer la comida.

— Por lo menos, que hagan una sopa caliente — ordena la señora. — Con eso y los fiambres que han quedado de la merienda, pasaremos por hoy.

La cosa está bien pensada, pero la cena, que no se ha encendido en todo el invierno, no tira, y la casa se llena de humo. Cuando la sopa sale á la mesa, hay que ver el aspecto que presenta y el saborcito que tiene!

Pero en el dia de llegada es preciso dispensarlo todo. El marido, después de pasear aquél caldo lleno de motas negras, se echa á la calle con ánimo de avisar en la fábrica de luz eléctrica *para que den fuido*, y de paso saludar á los amigos y recibir mil bienvenidas.

Las señoras, en cambio, no salen. El dia de llegada se lo pasan abriendo mudos, llenando armarios, sacando la ropa,

